

En el centenario de Don Fed. Henríquez y Carvajal

(En el *Rep. Amer.* Envío de don Rafael Anido, en La Habana, Cuba).

(*Sigue. Véase el número anterior*)

EL CENTENARIO COLOMBINO EN LA PRIMADA

Las fiestas del Descubrimiento no han sido en Santo Domingo cosa vana, ni mera cortesía entre gobiernos establecidos, ni ocasión de pedigüña candidatura al honor nimio envenenado de un asiento provincial en la Academia Española, ni caso propicio a los de alma arcaica para mostrar, con el apego a la ensangrentada conquista, el desamor de todo lo propio y nuevo. Por otras partes de América han sido eso las fiestas del Descubridor; pero en Santo Domingo, la tierra amada de Cristóbal Colón; la tierra de más recuerdos y mayor nobleza indígena de aquellos tiempos en que se ensanchó el mundo; la tierra que el ambicioso italiano descubrió con gloria y abandonó con grillos; la tierra donde, acaso, en su aquilla de plomo, revuelto el polvo con los huesos, está lo que queda del cuerpo macizo e inquieto del Almirante, las fiestas han sido como filial tributo y como un renacimiento nacional.

La misma Academia, que en otras partes no es más que agencia hábil de España en América para defender sus miserables posesiones, las Antillas que arruina y corrompe, no es en Santo Domingo, donde jamás se apaga el alma de Enriquillo, más que como la tradición castiza del país y la única expansión segura del amor al arte en los tiempos revueltos que, en las ansias de la ordenación, atraviesa aún la patria de Juan Pablo Duarte. ¡Son nueve jóvenes de "alma generosa y aspiración nobilísima", juró Duarte, y realizó la fundación de la república!

Pintorescas y memorables fueron las fiestas del Centenario Colombino-Americano en Santo Domingo, y no fué en ellas sólo de notar la alabanza, a menudo hueca, de lo pasado, árbol seco donde va colgando la hinchazón y la vanidad sus púrpuras chillonas, sino la historia, en sobria literatura, de la mente y el patriotismo del país; y la prueba de la capacidad grande y aspiración enfrenada de sus hijos.

No sin objeto habla *Patria* hoy de aquellas fiestas, sino por gratitud, puesto que como recuerdo del Centenario se han elegido dos composiciones, de la magnífica poetisa una, de Salomé Ureña, compañera del pensador Francisco Henríquez y Carvajal; y de Federico Henríquez y Carvajal la otra dedicada, con hondo pensamiento, a tres antillanos que no descansan en la obra de contribuir al rescate, equilibrio y bienestar de nuestra América: a Betances, a Hostos y a Martí.

Federico Henríquez y Carvajal, autor de la poesía así laureada, es hombre que se duele de toda injusticia, y ayuda a toda empresa de libertad, y busca por sobre mares y montañas el mérito americano, y enlaza a nuestros pueblos con las letras amigas, y suaves, y los ama con pasión. *Patria* es su casa, como la de todo buen dominicano, como la de todo americano bueno; y hoy publica, porque es de justicia, las bellas décimas: ¡*Tierra!*

José MARTÍ.

Nueva York, 1893.

A D S U M

¡Aquí estoy!

Yo soy aquel que, cuando sobre los horizontes de la patria se esfumaba la fatídica silueta de la tiranía, caldeada al beso de sombras de la dictadura, apareció en el estadio de la prensa con un alto propósito de civismo: la lucha por la vida i por la honra de la República.

Yo soy aquel que, cuando asomó en el agrio campo de la política la candidatura de las imposiciones i del continuismo, augurio del régimen de fuerza de los seis períodos, desplegó a los vientos de la ciudadanía la bandera de las libertades públicas para entrar resuelto en el palenque electoral de 1886 i reñir la última gran batalla del derecho.

Yo soy aquel que, cuando se evocó el fantasma del Empréstito Harmont i bajo sus auspicios se fraguaron esos complots de monopolios i peculados que informaban los empréstitos holandeses i belgas, usó del escarpelo de la crítica para hacer la disección económica de los empréstitos realizados o en proyecto.

Yo soy aquel que, cuando una serie de torpezas u otra serie de liviandades hacían posible el avance de las guardias haitianas fronterizas, con mengua del territorio patrio i desdoro de la soberanía nacional, daba el grito de alerta i denunciaba sin rodeos las liviandades i las torpezas, mientras se esforzaba de continuo por contribuir a la resolución en derecho del problema planteado en mala hora por el Art. 4º del tratado dominico-haitiano.

Yo soy aquel que, cuando el régimen arripotente i omnímodo de la "pacificación" trocó en un mito la libertad de la prensa lo mismo que todos los derechos individuales, se mantuvo de pie i no cejó en su alto propósito de civismo: la lucha por la honra i por la vida jurídica i económica de la República.

Yo soy aquel que, batido pero no abatido, agredido pero no muerto, encarcelado pero no humillado, impotente pero no vencido, nunca arrió la bandera de los principios que sustentaba, sino la plegó con honra i dejando en pie la protesta del derecho contra las imposiciones y supeditaciones i violaciones de la fuerza.

¡Aquí estoy!

¡Yo soy *El Mensajero!*

(Oct. 3 de 1899, Año I, Nº 1. III Epoca).

*

(Nota.— Información comprimida).

El Mensajero —"tribuna de civismo"— fué fundado el año 1881. El 15 de noviembre circula su primer número. En el 2º semestre del año 1886 (en octubre) se suspende la publicación a causa de la persecución política que sufre don Federico, quien se vió obligado a ocultarse para librarse de la prisión al triunfar Lilis en la denominada revolución de Moya. Reaparece en el mes de abril de 1887; en continuidad de numeración, pero con expresa indicación de: II Epoca. Y el 21 de mayo de 1890 se produce el cese indefinido por las razones: "que dieron con *El Mensajero* en tierra

y con su Director en la cárcel". A la muerte de Lilis, precisamente el día 3 de octubre de 1899, reaparece en su III Epoca y con nueva numeración; para cesar definitivamente el año 1901.

*

MONOLOGO

Alma fuerte, ¡no vaciles!

No tuerzas el rumbo cierto, enderezado a los más nobles ideales de la vida; el hogar encendido en virtudes; la patria enaltecida por la paz, el trabajo i el derecho; el mundo redimido de toda suerte de servidumbre por la libertad, la moral i la ciencia.

¡Qué te importan ¡oh alma! las diatribas del error, de la maldad i de la ignorancia, si son injurias del tiempo, efímeras, i tú eres inmortal i vives en constante labor activa de obras de bien i de verdad i en perenne anhelo de verdad i de belleza?

Por debajo del corazón magnánimo siguen pasando, locas e inciertas, las saetas de las ideas infecundas i de la ruin maledicencia. La razón, educada en el amor a la verdad, se ha desasido, victoriosamente, de todo vínculo con el error, la superstición i el fanatismo, i asciende, ansiosa de luz, por la escala infinita del bien y de la belleza. La conciencia, acendrada en el deber, no sabe de dolos, ni de hipocresías, ni de mentiras.

Mira, alma, desde la eminencia de tu misericordia, las torpes malas artes de la inquietud, del egoísmo o de la envidia; i deja que cada uno cumpla la lei de su destino o la lei de su atavismo. Deja que ladre el mastín, que repte el gusano, que duerma la marmota; deja que hurgue o husmee quien, reñido con la razón, o privado de ella, se abandona a las furias de la bestia humana i apenas logra ver las maravillas del mundo moral i las del mundo científico, sino a través de la fe ciega o de la fe mentida.

¡Déjales! Por encima de todo lo mezquino, de todo lo rastrero, de todo lo que se engolfa en el "peca i reza", madrugador o nocturno, ciérnese el alma, "de cara al sol", templada al sacro fuego de la verdad, de la justicia i de la piedad suprema.

Alma fuerte, ¡no vaciles!

Persevera con la pluma, con la palabra, con el ejemplo, en tu modesta i sana labor de educación i de civismo; i mantén en alto, a los cuatro vientos del espíritu, la divisa cordial —por amor i por deber— que luce la gloriosa enseña del periodista, del tribuno i del maestro.

Año 1901.

*

EDUCANDO

A mis discípulos.

I

¡Sólo Dios es infalible!

Guardémonos de emitir opinión i de formular juicios mientras no conozcamos los datos i antecedentes del caso.

La pasión es pésima consejera.

El prejuicio no es fruto de razón sana, sino de razón enferma: apasionada o interesada.

Hai que ver con los ojos del alma i con espíritu sereno cosas i hombres; con mayor serenidad aún, si hombres i cosas no desagradan.

Nada hai más difícil para la conciencia que distribuir propias i ajenas responsabilidades.